

Rudiño, Lourdes Edith, "Parque el Tepozán. Turismo ecológico, educativo y cultural", *La Jornada del Campo. Suplemento informativo de La Jornada*, Distrito Federal, México, 19 de noviembre de 2011.

Consultado en:

<http://www.jornada.unam.mx/2011/11/19/cam-chinampas.html>

Fecha de consulta: 10/03/2015.

Los pobladores de la Ciudad de México, una de las mega urbes del mundo, son privilegiados. Apenas un paso más allá del cemento pueden disfrutar del turismo rural y en realidad más que eso: un turismo ecológico, educativo y cultural, acompañado del disfrute de las famosas quesadillas, tlacoyos y sopa de hongos del Ajusco.

En el kilómetro 10.9 de la carretera Picacho Ajusco, en la delegación Tlalpan, está la entrada al Parque Ecoturístico El Tepozán. Como dice su página de Facebook, este parque de más de 110 hectáreas “pertenece a las áreas naturales protegidas del sur del Distrito Federal y es importante para la captura de carbono y la filtración de los mantos acuíferos”, pero además se distingue claramente de su entorno, donde lo que predominan son parques con el gotcha o paintball (juego con disparos de aire comprimido, CO2 u otros gases) como principal atracción.



Lo que hace peculiar a El Tepozán está en idea que expresa Maximiliano Álvarez Pantoja, uno de sus principales fundadores: “el turismo debe ser más que una diversión, debe servir para tomar enseñanza”. Este parque opera desde 2005 y 70 mil litros del agua que utiliza anualmente son de cosecha de agua; no usa energía eléctrica, sino solar; ofrece el servicio de recorridos de educación ambiental a grupos escolares, desde preescolar hasta preparatoria, y la gente puede ir a acampar o a pasar un fin de semana familiar –pues hay

juegos infantiles y tirolesa—. También es posible practicar el ciclismo de montaña, aunque no es muy recomendable, pues, dado que es pedregoso el lugar, una caída resulta muy dolorosa, y se pueden rentar cabañas para hacer fiestas.

El parque nació en 2005 por iniciativa de Álvarez Pantoja y el apoyo de varios de sus compañeros ejidatarios del pueblo de San Andrés Totoltepec; es manejado por una cooperativa, que hoy suma 35 campesinos, y en su origen contó con un financiamiento de cinco millones de pesos de la Agencia de Estados Unidos para el Desarrollo Internacional (USAID, por sus siglas en inglés) con el objetivo inicial, promovido por el Instituto de Ingeniería de la UNAM (con Claudia Sheinbaum en papel protagónico), de fortalecer la frontera que representa el Parque entre la mancha urbana y el paisaje rural de la ciudad. Casi 30 hectáreas son de la cooperativa y 90 son propiedad del Parque Ecológico de la Ciudad de México. Oyameles (*pinus montezumae*), teocote, pátula y ayacahuite son los árboles que pueblan este lugar.



Maximiliano Álvarez Pantoja

Hoy día la principal actividad del Parque ocurre los fines de semana, con la renta de cabañas y visitas de familias. Doña Elena Rodríguez, cooperativista y ejidataria de San Andrés Totoltepec, es la responsable de la elaboración y venta de alimentos; dice que los domingos llega a utilizar hasta 20 kilos de masa y unos diez kilos de carne (en guisados)

para atender los pedidos de quesadillas de hongo, papa, flor de calabaza, queso, huitlacoche, picadillo y pollo y tlacoyos de requesón, frijol y haba, así como sopa de hongos, caldo tlalpeño, mole de olla y consomé de barbacoa, sin hablar del café de olla, el champurrado y los panqués de queso y elote.

“La gente viene a convivir con el campo, con la naturaleza y estamos protegiendo nuestro bosque”, dice doña Elena, quien es apoyada en su labor por una de sus tres hijas y por cuatro netas.

De acuerdo con Maximiliano Álvarez, hasta hace poco la principal actividad del Parque eran los recorridos de grupos escolares. Se hacían dos o tres a la semana, si bien el plan original era tener por lo menos uno diario con cien niños para hacer sustentable económicamente esta actividad. Hoy continúan estos recorridos pero con menor intensidad, y es que el Parque ha enfrentado trabas burocráticas. Durante dos años la cooperativa gestionó para que la Secretaría de Educación Pública incluyera a El Tepozán en su listado de lugares recomendables para visitas escolares, pero la institución rechazó la petición con el argumento de que ya es muy amplia esta lista.

Las visitas escolares son muy interesantes y educativas. Al iniciar el recorrido, el guía les da una plática a los niños y les informa las reglas (no levantar piedras ni palos pues pueden encontrar víboras abajo, no tirar basura, no salirse del sendero, etcétera). Asimismo, “les entregamos una mochilita, binoculares, lupa, brújula y papel y lápiz. Se les muestra un mapa, con las veredas que están señaladas y definimos un itinerario de acuerdo con la edad de los niños”. Y se les asignan tareas tales como detectar huellas de animales silvestres (tanto pisadas como plumas, excretas y cualquier otro indicio como piñitas mordisqueadas por las ardillas).

En la ruta los niños pueden observar la elaboración de hongos setas; un invernadero donde la cooperativa produce flores ornamentales, como petunias; unas estructuras donde se producen lombrices a partir de desechos orgánicos (la excreta de lombrices sirve después

como abono), y entran a una casa tradicional, hecha de piedra propia de la zona y techos de madera de árboles muertos.

En esa casa, que tiene orígenes prehispánicos pero que todavía es común entre población indígena, se les explica a los niños la forma de convivencia familiar (con grandes habitaciones multiusos) y los niños participan en la elaboración de tortillas. “Se pone el tlecuil (lugar donde se cocina), los molcajetes, el metate —la salsa se sirve en molcajetes—, los niños se lavan las manos, se les da su pelotita de masa, la tortean y se comen su tortilla recién salida del comal”, dice Maximiliano Álvarez.

Una particularidad de El Tepozán —“algo que no hemos visto en otros parques que visitamos”— es que los guías dan a los niños nociones del náhuatl. Asimismo, les hablan del origen de las tierras del Parque y de los antiguos pobladores, los tepanecas (palabra que significa “hombres de palacio”).

“Les platicamos a los niños: después de la conquista de los españoles, aquí en San Andrés Totoltepec tres indígenas fueron a ver al primer virrey, Antonio de Mendoza, y le dicen que hablaron con Hernán Cortés



(por medio de intérpretes) para pedirles las tierras. El virrey ratifica la entrega de tierras, que son puros pedregales. Esto fue en 1547, tenemos copia de esto, que se refiere a cinco mil hectáreas, desde San Pedro Mártir hasta la colindancia con el Ajusco (...) Hoy las tierras no suman ni dos mil hectáreas, por expropiaciones que ha habido para la construcción del Colegio Militar, para el Parque Ecológico de la Ciudad de México y para carreteras y también por la mancha urbana que se ha venido comiendo la zona”.

El compartir palabras del náhuatl y sus significados es muy propio de El Tepozán. “Hay muchas palabras de origen náhuatl que usamos comúnmente, aunque ya con una pronunciación diferente a su original, y eso les decimos a los niños. Por ejemplo, Tlalpan, Cuernavaca, tamal, pozole, tlacoyo, zapote, ajolote (que significa monstruo de agua) y guajolote (pájaro grande o monstruo pájaro). O Totoltepec, que significa cerro de aves, o México mismo, que significa ombligo de la luna u ombligo del maguey. Esto es algo que les gusta mucho a los niños”.

www.facebook.com/PARQUETEPOZAN